

## El telar de Penélope

Penélope apartó la mirada y fingió no haberle visto. Siguió rizándose el pelo, enroscando cada mechón en los tirabuzones de plata que le regalara su madre, la prudente Peribea, y se mantuvo tercamente atareada ante el tocador, ignorando al intruso, como si no existiera. Había observado por el espejo cómo abría la puerta con sigilo, penetraba en sus aposentos y se escondía detrás de las cortinas. Sentía su respiración infectando el aire de la habitación con el aliento entrecortado del deseo, pero ella, imperturbable, continuaba arreglándose. Frotaba las mejillas con emplaste de loto traído de Egipto, resaltaba la transparencia de sus ojos con *khôl* negro que aplicaba sobre los párpados y se perfumaba la nuca con aceite de Focea. Del cuerpo de Penélope emanaba un penetrante aroma a flores que se extendía por todo el palacio.

Anfinomo husmeó desde su escondite y aspiró los dulces efluvios. Absorbía el aire como si, a través del olor, pudiera poseer a la mujer que lo desprendía. Enardecido, su sexo entró en erección y un de-

licioso cosquilleo le subió de la pelvis hasta la garganta. La inflamación de la entrepierna y el calor que se expandía por su piel le obligaron a desnudarse. Se quitó la túnica, la escondió con torpe precipitación detrás de la cortina y empezó a acariciarse. Por los muslos, por el vientre, por los testículos, por el tallo del pene... La excitación le desbordaba. Quería más: más olor de Penélope, y no sólo de su perfume, sino de ese otro que fluía de dentro de su cuerpo; más del suave chasquido de sus manos extendiendo afeites por los hombros; más del brillo dorado de sus bucles meciéndose tras las orejas. Así que se arriesgó y, aprovechando el ensimismamiento especular de la mujer, corrió de puntillas por la habitación hasta encogerse tras la enorme crátera que adornaba el acceso al balcón. Desde ahí, asomándose con disimulo, podía ver, además de la espalda, la oreja izquierda y el comienzo de la blanca mejilla. El olor le llegaba con mayor intensidad y, abarrotado, casi agarrotado por la erección, volvió a frotarse el sexo de manera rítmica y cada vez más acelerada. Pero no tardó en sentirse insatisfecho. Aún podía aproximarse más al objeto de su deseo. Se levantó, pegó el cuerpo a la panza de la crátera, la rodeó intentando fundirse con las imágenes que la adornaban y luego, en un par de saltos, se refugió entre los pliegues de la tela que separaba el tocador del dormitorio. Era el lugar perfecto. Apenas diez metros le separaban de ella, y podía contemplarla de frente, distinguir el azul de sus ojos

concentrados en el espejo, sumirse en el pozo de sus labios entreabiertos, escuchar la fricción de sus muslos, oler el almizcle de sus ingles... Anfinomo, intentando poner calma en el desbarajuste de su lujuria, se mojó los dedos con saliva y con húmeda parsimonia retomó las caricias de su erección –o la erección de sus caricias–, primero por la punta del sexo, luego por toda su intensa extensión, hasta abandonarse de nuevo al frenesí.

Las evoluciones de Anfinomo no habían pasado inadvertidas a Penélope. Le vio en el espejo cuando se ocultó tras la crátera y con el rabillo del ojo cuando pasó hacia el dintel del dormitorio. Pudo observar su cuerpo desnudo, enteco pero fibroso, su espalda cargada hasta hacerle parecer jorobado... Aunque, a decir verdad, no estaba totalmente desnudo. De un fino cinturón pendía un cuchillo pequeño, especie de daga que, según decían, manejaba con destreza, mantenía envenenada y de la que nunca se desprendía. Penélope no olvidaba que, a pesar de su ridículo aspecto, se hallaba ante un hombre peligroso. Y portentosamente dotado: siempre le sorprendía la talla de sus genitales cuando, tras los tocamientos que le llevaban de un rincón a otro, se desplegaban en toda su dimensión. Al igual que las demás mujeres de Ítaca, creía que el tamaño del miembro de los hombres guardaba relación con el de sus armas. La espada de Ulises era enorme y en la sala de los tesoros conservaba –auténticas joyas de la panoplia–

doce hachas de tal envergadura que sólo él era capaz de manejar... ¿Cómo explicar, pues, el puñalito de Anfinomo al lado del descomunal instrumento que colgaba de su entrepierna?

Penélope veía cómo asomaba la imponente cima de ese sexo, cómo se aceleraba su mano masturbatoria y cómo la tela se agitaba con sus jadeos. ¿Anfinomo creía realmente pasar inadvertido? Penélope se levantó bruscamente, se dirigió hacia donde se encontraba el desenfrenado visitante y se detuvo a su altura. Temiendo haber sido descubierto, Anfinomo cesó todo movimiento y contuvo el aliento. El riesgo de ser sorprendido formaba parte del juego y, en el fondo, aumentaba su excitación. Mantuvo, pues, la erección mientras apenas contenía una risa nerviosa. Tras un breve titubeo, Penélope siguió su camino sin mirarle para encaminarse al armario de los ungüentos. Seleccionó un aríbalo y un alábastro que contenían sustancias untuosas para mantener la piel tersa y regresó al tocador pasando de nuevo delante de Anfinomo. Éste, al confirmar la ceguera de la mujer a su presencia, volvió al acompasado frote.

Penélope se despojó de la corta túnica que cubría su cuerpo. Lo hizo con naturalidad, como si estuviera sola, pero sin dejar por ello de administrar con sensualidad las partes que ponía al descubierto. Tardó varios minutos en mostrarse totalmente desnuda. Se aplicó los ungüentos por el cuello y por los hombros. Bajó hasta los pechos y estuvo un tiempo ama-

sándolos con lentitud, desplegando una sonrisa de placer mientras la mirada se le perdía y la respiración se le hacía más profunda. Finalmente llegó al vientre y, tras merodear por la frondosidad del pubis, se internó con decisión en ella. El ungüento, al entrar en contacto con la rizada cabellera, provocaba una leve crepitación que, con estudiada espontaneidad, Penélope reavivaba una y otra vez. Aunque simulaba distracción, incluso el despreocupado abandono de la intimidad, Penélope no apartaba la mirada de ese miembro, ya ciclópeo, que desbordaba de las cortinas. Nunca había visto un enramado de venas y nervaduras tan vibrantemente encendido. Le halagaba comprobar cómo, a pesar de los años, era capaz de poner a un hombre tan fuera de sí. Y, si era sincera –o, simplemente, se dejaba llevar–, no sólo le halagaba, también la excitaba.

Se volvió de espaldas y exhibió un par de nalgas perfectamente redondeadas. Las acarició, las apretó, las separó mostrando con irresistible insistencia la sima oscura en la que se hendían. En contacto con el ungüento la piel adquiría un brillo tentador que, convenientemente masajeado, llevaba a Anfinomo a un estado que oscilaba entre la desesperación y el placer. Y reservaba para el final lo mejor de su actuación. Se introdujo los dedos, rezumantes de untura, en lo más profundo del vientre. No mostró el sexo, pero su mano hundida en rítmico vaivén y el constante entrechocar de muslos no dejaban dudas

sobre la actividad a la que se entregaba. Echó la cabeza hacia atrás en un estertor de placer y eso fue más de lo que Anfinomo pudo aguantar. Lanzó unos gritos sofocados, una especie de hipo doloroso, y eyaculó. Penélope vio cómo el chorro blanco salía despedido desde el escondite hasta la crátera, incluso más allá, dejando suelo, cortinas y columnas impregnados de densas escurriduras.

No se dio cuenta del momento exacto ni de la vía de fuga utilizada, pero unos segundos después Anfinomo había abandonado el lugar. Penélope recuperó el aliento, limpió el unguento de la entrepierna con una esponja y, todavía desnuda, salió a la terraza. Se quedó mirando el horizonte, escudriñando la lejanía durante varios minutos, hasta que sus ojos azules se fundieron con el azul del mar.

Anfinomo estaba convencido de que Hermes le tenía bajo su protección y que, cuando lo necesitaba –o, simplemente, cuando se lo pedía–, le cubría con su manto y le salvaguardaba en sus incursiones a los aposentos de la reina. El dios velaba por los ladrones y, al fin y al cabo, él robaba. Robaba los encantos de la hermosa Penélope, un perdonable delito, pero robaba. Sólo quería gozar de unos instantes de belleza, observarla a su antojo y en el más absoluto anonima-

to. «Los placeres, mejor cuanto más ocultos. Y eso los dioses lo saben y lo perdonan...», repetía a quien quisiera oírle. Pero ¿podía alguien confiar en las palabras de Anfinomo y, menos aún, en su fe en los dioses? Su comportamiento mezquino, en ocasiones cruel, y su carácter intrigante no podían sino apartarle de los favores del Olimpo. Sin embargo, estaba seguro de la hermética tutela y sin cesar invocaba al dios de las alas y el caduceo, le ofrecía sacrificios y hasta en prolongados monólogos –oraciones las llamaba él– le confesaba sus más lúbricos pensamientos.

Penélope, desde luego, no confiaba en él. Su padre, el viejo Icaro, aseguraba que el nombre de una persona dice mucho de su carácter. Anfinomo significa «el de los dos nombres» y ¿cómo confiar en alguien que se llama de dos maneras o, peor aún, cuyo nombre anuncia precisamente su ambivalencia? Por si a Penélope le quedara alguna duda, él mismo, hacía ya meses, le había anunciado lo que iba a ocurrir. Se lo insinuó de manera confusa: «Si lo permites, Penélope, yo te protegeré». Al principio ella lo interpretó como una fórmula de cortesía o como una oferta hipócrita para ganarse su simpatía. Pero no tardó en comprender lo que en realidad quería decir: «Tú deja que te mire y, a cambio, haré que nadie te moleste».

Porque a partir de ese momento empezaron las visitas de Anfinomo. En las primeras, Penélope, sin atreverse a expulsarle, se limitó a ser distante. Fingía

no verle, pero sin prestarse a ninguna complicidad. Mientras él recorría los aposentos de un escondite a otro, ella permanecía inmóvil, ensimismada, mirando por la ventana o adormecida sobre el triclinio, vestida, más que púdica, indiferente. En cierta ocasión se encerró en la sala de armas de Ulises y sólo salió cuando estuvo segura de que se había marchado. Pero Anfinomo no tardó en hacerle entender que, de persistir en esa actitud, su situación empeoraría. Su riqueza, su oratoria y su comportamiento traicionero le otorgaban gran ascendencia sobre los demás pretendientes, que, más que respetarle, le temían. Penélope no olvidaba que ciento ocho jóvenes impacientes, príncipes y nobles procedentes de Samos, Zacinto, Duliquio o de la propia Ítaca, se disputaban sus encantos y, excitados ante la perspectiva matrimonial, podían poner en peligro la gobernabilidad del reino. Anfinomo se encargó, no obstante, de recordárselo. Le bastaron unas palabras deslizadas en los oídos adecuados para provocar una reyerta entre pretendientes que estuvo a punto de acabar en el asalto de las habitaciones de Penélope. Ésta captó inmediatamente el mensaje y, a partir de ese momento, le dio acceso a su intimidad. La situación no dejaba de ser perversa. Porque ambos fingían. Él se esforzaba por no ser visto y ella por mostrar la despreocupación de quien no ve.

El acuerdo tácito con Anfinomo funcionó unos meses. Penélope seguía soportando el piafar impa-

ciente de los hombres que, cual sementales encelados, se reunían todas las tardes en el patio, para beber el vino y comer las vituallas del ausente Ulises, hasta emborracharse, y entonces discutían, se peleaban y caían dormidos entre vómitos, sudor y sangre. Todas las noches Penélope sentía bajo sus pies, justo debajo de la habitación donde intentaba conciliar el sueño, el aliento fétido de un monstruo, una gigantesca serpiente de ambición, lujuria y frustración que reptaba hacia ella y amenazaba con estrangularla.

En cierta ocasión los oyó subir en medio de la noche. El repiqueteo de escudos, corazas y canilleras avanzando por las escaleras la sacó del sueño. Durante unos segundos no supo si la escena que se ofrecía a sus ojos era real o formaba parte de sus pesadillas. A los pies del lecho, una oscura masa resoplante formada por una docena de hombres la observaba con ira y deseo. Traían las espadas desenvainadas y sus cuerpos desprendían un olor acre en el que el sudor y el vino se mezclaban con la sangre. Por un momento, Penélope temió que hubieran acudido a matarla o a violarla, quizá a las dos cosas. Pero se limitaron a hablar o, mejor dicho, a mascullar su descontento. En un coro desentonado fueron acribillándola con sus reproches. ¿Qué mujer había más despiadada que ella, capaz de mantener a tantos hombres pendientes de una decisión que nunca tomaba? Algunos llevaban más de quince años a la espera de que se dignara aceptarlos o rechazarlos. ¿Y qué cla-

se de reina consentía que su propio país, esa Ítaca fértil, permaneciera indefinidamente en un estéril interregno, sin saber adónde ir, apeada del barco de la Historia? La acusaban, amenazantes –quizá vengadores–, de ser fría como mujer e irresponsable como reina.

Por unos instantes, Penélope, desnuda bajo las sábanas, se sintió indefensa, a merced de esos hombres embriagados de orgullo. Pero, obedeciendo a un indignado impulso, apartó la ropa que la cubría, se incorporó tal y como había venido al mundo y lanzó este discurso: «¿Por quién os tomáis? Venís todos los días a esquilmar el patrimonio de mi esposo, el añorado Ulises, vaciáis su despensa, os hacéis servir por sus criados y humilláis a sus parientes. Ninguno de vosotros ha traído pruebas de su muerte y queréis que despose a uno de los vuestros. No sois dignos de sucederle, no sois dignos del trono de Ítaca, no sois dignos de mí...». Los hombres quedaron mudos ante la fuerza de estas palabras y ante la belleza del cuerpo que, erguido ante la cama, las pronunciaba. Pero, más que a su oratoria o a su desnudez, fueron sensibles al halo plateado que la envolvía. La luna, filtrándose por el balcón, se reflejaba en la blancura de su piel y la dotaba de un frío brillo. Los pretendientes pensaron que la diosa Artemisa extendía su manto virginal sobre Penélope y la protegía. Y, cabizbajos, abandonaron la habitación.